

Si pudiese hablar de tí - 1

Iniciamos este domingo la publicación de "Si pudiese hablar de tí", la novela de Aurelio Romero Serrano que fue presentada el pasado lunes, día 15, en el antiguo Casino de Ciudad Real, y en la que el autor refleja "las heridas sociales, políticas, económicas y, sobre todo humanas, de la Guerra Civil". En dicho libro los capítulos no están numerados como suele ser habitual, sino que cada uno lleva simplemente su título. Aquí los publicaremos en el mismo orden, y sin numerar, junto con las fotos que aparecen en dicho libro, además de otras que ha facilitado, y añadido, el propio autor para estas entregas de LANZA.

LA CARTA

Le dijeron en Correos que el cartero había estado en su casa a las diez de la mañana de aquel día de septiembre. Yo estaba allí ese miércoles pero, probablemente, esa no era aún una hora cristiana para mí en ese tiempo de desvelos y amaneceres tardíos. En realidad cree que el cartero no fue a su casa a llevarle la carta, aunque estaba certificada, porque otra anterior también debe estar rodando todavía de ciudad en ciudad, extraviada.

Le había pedido que escribiese unas líneas sobre los primeros años de vida en común de mis padres, en Ciudad Real, rodeados por el humo de la memoria de una guerra civil que les pilló uno a cada lado. Pero no se conocían.

Durante el largo mes que transcurrió desde que habló con ella, se preguntó en más de una ocasión para qué ahondar en datos lejanos con la cantidad de cosas, fechas y más datos que la vida trajo después de que ellos se conocieran. Unas veces concluía que había que poner caras a esas fotografías que guardaba del pueblo como un oro extraño envuelto en el paño de lo desconocido.

El había vivido alguna temporada en aquella misma casa, en las habitaciones frescas a ambos lados del pasillo, había visto morir las abejas sin reja entre las hojas de la parra del patio y escuchado el crujir metálico del somier cada vez que alguno de sus primos o el mismo se daban la vuelta. Lo que nunca consiguió ver fue el agua corriendo por ese sueño de arroyo que había inventado para la cerca de la casa, frente a la era.

Siempre terminaba contestándose que esa carta le traería al menos una visión cercana de lo que dejó atrás, en el comienzo del recorrido, sobre todo ahora que sabemos tan poco de hacia donde vamos. Quería que fuese como la hoja desplegada de un mapa de carreteras que le enseñara por donde transcurría el tramo anterior del camino que venía haciendo.

Ella, su hermana Araceli, es la persona más cercana a aquella época, la conoció directamente y toda su vida estuvo influida por esos años que tanto la estremecían cada vez que miraba aquella foto del muro del corral, él de pie, sonriendo, justo en el lugar donde después estaría el comedero de los animales, con un pijama de rayas anchas, mirando de frente, como ajeno a lo que ese lugar iba a ser después en sus vidas; y ella a su lado, con un vestido de falda corta, mirándolo fijamente, preguntándose el por qué de su sonrisa, la de casi siempre.

La primera carta que envió a su hermano se perdió, en una especie de premonición sobre la banalidad de la vida, la intrascendencia, al final, de cada historia personal.

Otras veces se respondía a sí mismo que unir las escenas sueltas de aquella película en blanco y negro podía tener algún valor para entender los colores de ésta que ahora viven. Ni por mejor ni por peor, simplemente porque ya se han vivido tantas consecuencias de aquellos años que vale la pena saber por qué hubo que vivirlas, cuál fue ayer la causa de algunos desasosiegos de hoy.

Con grandes lagunas, hasta ahora le había servido lo que ya sabía y que era cierto, tan válido como todo lo que se había imaginado, cortando y pegando partes de su verdad con la de otros, con ese pegamento extraño que fábrica la memoria.

Siempre terminaba contestándose que esa carta le traería al menos una visión cercana de lo que dejó atrás, en el comienzo del recorrido, sobre todo ahora que sabemos tan poco de hacia donde vamos

